



Jesús Buen Samaritano

Marta López

I. Introducción

Un título así ha de producirnos probablemente una sensación de volver a lo conocido. Resulta doloroso que un texto bíblico tan grande sea leído continuamente como ya sabido y sin posibilidades de encontrar en sus fuentes nada provocador para nuestra vida y particular trabajo con los enfermos.

Tres tareas vamos a desarrollar. Por un lado, matizar algunos de los rasgos del cuidado que aparecen en la parábola del Samaritano. Por otro, analizar cómo el cuidar es central y propio de Jesús de Nazaret, el Hijo Encarnado que día y noche permanece de rodillas para calmar, vendar y levantar a los heridos en cualquier dimensión de nuestra humanidad. A la luz del Hijo Samaritano aflorará, en qué medida los creyentes tenemos un deber evangélico de cuidado. Por último, esta parábola de derroche nos acerca a una mujer como la de Betania que supo reconocer a Jesús en las horas previas a su pasión, herido por el abandono de los suyos y rodeado de conspiradores. Ella le reconoce golpeado y le unge con el perfume repitiendo un acto de cuidado hacia Jesús como buena samaritana.

II. El cuidado del hermano en la raíz de la acción del Samaritano

1. Rasgos de la acción del Samaritano para entender el cuidado

Estamos ante una parábola del exceso y la exageración. Los actos del cuidado nos desvelan el amor y, así, el encuentro afectivo se hace efectivo. El Samaritano adquirirá un nuevo papel, el de auxiliador generando o perfilando una nueva configuración relativa a la acción de cuidar¹.

La propia narrativa del texto nos lleva a distinguir sujetos operadores de transformación y un sujeto transformado, un ser humano sumido gravemente en la carencia. Los que descuidan son “operadores de carencia” (bandidos, sacerdote y levita) y los que cuidan son “operadores de transformación” (samaritano y

¹ Cf. M. LÓPEZ ALONSO, *El cuidado: un imperativo para la bioética*, n. 20, Comillas, Madrid 2011, 155-161.

posadero). Estos últimos dos personajes son los únicos directamente relacionados con el verbo *epimeléomai*.

Queda patente que quienes descuidan *excluyen*, mientras que el posadero y el Samaritano que cuidan generan una inclusión por conjunción y toman consigo la realidad de este sujeto. Convertido el herido en infrahumano se le pondrá el sello del desprecio y de la distancia del corazón y de los cuerpos, en cambio nuestro personaje cuidó de él restableciéndole.

Le desnudaron y nuestro transeúnte anónimo queda despojado y golpeado, en estado agónico. El hombre queda medio muerto y su vida corre peligro precisando la ayuda de alguien con rapidez. Sumido en la inconsciencia y con aspecto de cadáver pasa a ser irreconocible por quienes le rodean.

Será entonces “por casualidad”, “por coincidencia”, cuando nace el cuidar. En realidad, se abre ante nosotros el campo del hacer humano ligado a lo imprevisto, lo impensado hará al samaritano permanecer en la escena hasta el final. En conexión con las fórmulas empleadas para indicar el abandono son enunciadas otras fórmulas, “llegar” y “ver”, conectadas con “acercándose”.

Así, “llegando” o “habiendo llegado” al espacio donde estaba el hombre necesitado de cuidado, él será quien le preste los primeros cuidados. Nuestro personaje: “no duda un momento en auxiliar al herido y hace con él más de lo necesario, hasta rayar en lo excesivo e impropio”². Después “vendó sus heridas echando aceite y vino” (v. 34). J. Jeremías defiende la imposibilidad de que el Samaritano llevara vendas consigo siendo más probable que *desgarrara su pañuelo de la cabeza o su vestido interior de tela*³. Por otro lado, aceite y vino eran dos provisiones que probablemente llevaba el Samaritano en su viaje y cuyo valor terapéutico era conocido⁴. Para algunos autores, que llevara vino⁵ y aceite es un signo de que era un comerciante. Aplicó aceite⁶ para calmar (Is 1,6) y vino para desinfectar destacándose el valor antiséptico, en el caso de ser utilizado como medicina tópica. Curar y calmar es cuidar.

Nos vemos sorprendidos por la extralimitación de cuidado. Probablemente veríamos con vehemencia que el cuidar concluyera con el vendaje de las heridas del viajero maltratado y herido, pero el acto de cuidar se prolonga y extiende hasta la mañana siguiente en la posada, lo que nos arrastra evangélicamente más allá.

Algunos autores consideran que se da un *hiperbolismo* que queda perfilado en la descripción de los auxilios prestados. Este exceso apunta a la riqueza del amor y a su vez choca desajustadamente con las expectativas proyectadas en el sujeto que practicó la acción de cuidado extremo. Cuidó de él, es decir, le atendió con una solicitud extraordinariamente amorosa. La transformación se lleva a cabo a través o por medio de *los cuidados corporales* entre otros como la cabalgadura que transporta o el dinero que sostiene determinadas acciones que, moviéndose en la cotidianidad, tienen un precio.

A su vez la acción de cuidado modifica las coordenadas temporales, es decir, su acción tiene un “mañana”, en el sentido de que prevé el futuro hasta su regreso. Con ello, se sugiere que a la inclusión que implica el cuidar corresponde la continuidad en la duración que viene marcada porque posteriormente lo llevó consigo alejándole del lugar de peligro sobre la cabalgadura.

² W. HARNISCH, *Las parábolas de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1989, 247.

³ Cf. J. JEREMÍAS, *Las parábolas de Jesús*, Verbo Divino, Estella 2003, 230.

⁴ J. A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, III, Traducción y comentario capítulos 8,22-18,14, Ediciones cristiandad, Madrid 1987, 287.

⁵ 2 Sm 16,2 el vino se torna bebida gratificante “para que beba quien desfallezca en el desierto”.

⁶ En el NT el aceite sirve para la unción de los enfermos (cf. Mc 6,13; Sant 5,14).

Se establece en el texto una relación entre el cuidar y la conmoción de las entrañas, entre el cuidado activo y la compasión por un semejante. La conmoción pide y exige el cuidado humano. Entramos en el movimiento incluyente y progresivo del amor – actitud básica y decisiva de toda acción creíble–. La acción continúa, se trata de un cuidado activo nacido de la situación real del herido. “Le llevó a una posada y *cuidó* de él” (v. 34), en este versículo encontramos de nuevo el verbo *epimelēomai* en tanto, cuidar y preocuparse, poner vigilancia y atención.

Se dan dos momentos en el cuidado otorgado por parte de nuestro personaje. En un primer momento, él mismo en persona cuida del herido y, en un segundo momento, las atenciones y la solicitud pasarán a ser un encargo depositado en manos de un hombre de confianza, el posadero.

Los primeros cuidados son tres: curar, transportar y albergar. Lucas los resume, a continuación, en un verbo abstracto y a la vez concreto: “cuidar de”, que a su vez va a implicar la conjugación de más verbos: acercarse, vendar, curar, transportar y mover del lugar del peligro, dar de comer, vigilar la recuperación de los daños... La realización está marcada por la atención, la anticipación y la exigencia.

Cabría la pregunta relativa a si el Samaritano amó al herido. Él veló por su pervivencia en una situación vitalmente compleja. Jesús parece mostrarnos –desde la realización del cuidado– el camino activo de la ejecución del amor: “*Prójimo* es todo necesitado que encontremos en nuestro camino, todo aquel que pueda ser objeto de nuestra compasión y de nuestros desvelos, por encima incluso de nuestros vínculos étnicos o de nuestras convicciones religiosas”⁷.

Sin duda, se suscita un asombro inusitado cuando la asistencia rebasa los límites de lo razonable. Nos encontramos ante una solicitud extrema, dado que sus acciones traspasan el marco de lo temporal concreto relativo a la situación momentánea para prolongarse hasta el día siguiente, previendo el futuro del herido, enfermo e indefenso.

El cuidado no se convierte entonces en un acto puntual sino en un movimiento de continuidad que precisará prever necesidades y recursos así como su cobertura en el tiempo. El Samaritano tuvo cuidado y *dio soporte* al hombre herido estableciendo un continuo de responsabilidad. Él no la dio por concluida en la posada. Su cuidado había sido personal y al llegar pidió al posadero que velara por él y se mantuviera vigilante.

“Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero”. Todas las posesiones de este hombre –aceite, vino, cabalgadura y dinero– las emplea para ayudar y procurar toda la atención a un pobre infortunado que se encuentra en el camino.

2. *El Hijo que se hace hermano cuidando*

Si bien la parábola modula y versa pivotando sobre el amor y la compasión del samaritano en el relato aparece “*cuidó de él*” y “*cuida de él*” y su eco nos ha de llevar al acto mismo del cuidado como imperativo evangélico. El que toma la decisión de acercarse es el Hijo y así lo muestra mediante la alegoría la tradición cristiana griega.

Hay una enorme densidad teológica en la *epiméleia* propia del Hijo Samaritano⁸. Jesús se convierte en cuidador y lo reclama para nosotros. Así, el amor realizado en el cuidado tiene en el evangelio de Lucas una marcada perspectiva universalista y es un elemento constitutivo del cristianismo. El cuidar se torna imperativo y su raíz se muestra profundamente cristocéntrica.

⁷ J. A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, III, 279.

⁸ Cf. M. LÓPEZ ALONSO, *El cuidado: un imperativo para la bioética*, n. 20, Comillas, Madrid 2011, 295-301.

Nadie discutiría hoy el *carácter cristológico* de la afirmación de Cristo como Buen Samaritano. El paso de reflexión es pensar con profundidad si podemos predicar que Jesús es maestro de cuidado y que la *epiméleia* le define como rasgo que viene de Dios.

Hasta ahora, la aproximación a las entrañas de Jesús la hemos realizado desde la misericordia y la compasión. Es preciso entrar en el seno de Dios a través de otro camino, el del cuidar, aunque las sendas sean difíciles de separar y estén mutuamente implicadas. La *epiméleia* queda en innumerables autores traducida por servicio. Así, los cuidados del mesonero se convierten en dispensación de ministerios.

Este hecho no ha permitido la autonomía y plena emancipación del cuidar unido al prejuicio negativo sobre el concepto vinculado a las ocupaciones propias del mundo, pero no debemos olvidar que Jesús se pone de rodillas ante el mundo.

El cuidar tiene que ver en el texto con la proximidad y *proximidad*, el evangelio rompe el esquema de aquellos que piensan que su prójimo es su hermano, su vecino, su pariente político o carnal y nos lleva a una comprensión más universal. Me hago prójimo de aquel enfermo, abandonado, herido y entristecido que me decido a cuidar.

Localizadas las dificultades, es posible afirmar que Dios mismo se revela en los actos cuidadosos de Jesús. *Cristo es el manantial de este nuevo amor al prójimo*⁹, pero lo novedoso de esta valoración cristológica es que dicho amor pasa, de forma irrenunciable, por el cuidado –en tanto preocupación activa–.

Si amamos con su mismo amor cuidadoso entramos en conexión con la forma por la que Dios hace visible que participamos en las profundidades de su amor y es el preocuparnos y ocuparnos por el otro.

La parábola del Samaritano es un caso particular de cuidado insólito. Ante la pregunta por el camino que lleva a la vida, Jesús señala la acción como senda: “haz esto y vivirás” (Lc 10,28). El hacer aparece en relación directa con el cuidar.

Lo irrenunciable es que en ella se da una mostración de Dios por medio de su Hijo. En doble sentido, en tanto se narra la Palabra del Hijo y en tanto el Hijo se convierte en Palabra narrada en los gestos y quehaceres del Samaritano –el hombre que practicó la *epiméleia*–. Siendo así, no parece sabio renunciar a ella. Estamos ante una reacción de Dios que concreta su preocupación.

El Hijo rompe los parámetros de acercamiento por *status*: raza, religión o creencia..., y se fragmenta lo debido o establecido para entrar en un nuevo modo de relación donde Dios mismo y no el hombre decide qué actitudes son sagradas o no. Jesús señala cuál es el comportamiento que atañe a un miembro del pueblo elegido por Dios.

Se hizo prójimo el que se hizo cuidador. Jesús, en cuanto sujeto operante u operador, quiere hacer un gesto radical como voluntad activa por la humanidad. En el Samaritano se da la responsabilidad de lograr que se dé la conjunción del herido con la vida.

Descuido es equivalente a “pasar de largo”, cosa que nunca Jesús hizo en su responsabilidad ante la Humanidad. Dios incluye y cuida, por eso Salva. Se da una incompatibilidad vital entre cuidar y excluir. Recrea la imagen de Dios cuyo dinamismo externo solo es fruto del afán interno: “querer ver” y a partir de ahí inclinarse y cuidar para restituir.

⁹ Cf. B. HÄRING, *Cristiano en un mundo nuevo*, Herder, Barcelona 1965, 220.

Realmente el Jesús Samaritano amó al herido porque veló por su pervivencia en medio de una situación vital compleja. Cuidar es garantizar la continuidad de la vida. Anuncia lo que debería ser una sociedad de acuerdo al Reino de Dios. Lugar vital donde impera la guardia y la custodia del hermano postrado y vulnerable.

Ha sido el silencio sobre la *epiméleia* del texto el primer dato que nos puso en aviso de que algo vital podía estar siendo negado a la comprensión de la parábola. Veamos qué aportan algunas de las afirmaciones de la patrística en torno al cuidado del Hijo.

Ireneo de Lyon interviene de manera definitiva –en la alegorización teológica de la acción de cuidar– hacia otras categorías como el servicio. Desde el texto, el servicio traduce al cuidado y lo relega. El Samaritano es el Verbo encarnado, el “Dominus”, mientras el Espíritu es el mesonero, únicos dos personajes a quienes en el texto queda referido el cuidar: uno por propio movimiento, otro por mandato del primero.

Clemente Alejandrino amplía el concepto de prójimo, más allá del consanguíneo (nacido de la simiente de Abraham) o el conciudadano (perteneciente a las doce tribus de Jacob); del prosélito (en tanto incorporado al pueblo de la circuncisión) o del circunciso (sometido a la Ley de Moisés), para llegar a colocar los ojos en el herido. Para el cuidado, la sangre, la descendencia, la circuncisión, la obediencia a la Ley no crean el vínculo necesario que requiere la atención al otro. Enuncia Clemente una apertura universal del cuidar si éste pretende ser expresión del amor.

Además, también sus textos destacan la dimensión cristológica de la *epiméleia* en la medida que la salud definitiva y la curación son obra del Verbo encarnado, siendo el ser humano copartícipe del cuidado en la medida en que realiza una dispensación complementaria en orden a prevenir y evitar los posibles daños.

Por otro lado, el Logos –en tanto Pedagogo– nos cuida, nos guía e instruye de forma gradual conforme a los deberes de la vida cristiana. El Logos es *médico* y *preceptor*. En el Hijo, que es la Sabiduría, la *epiméleia* implica “tratar a cada uno” según precise en el orden a la Salvación.

En Orígenes el Logos es el Guardián verdadero. Cristo, el Samaritano, realiza la idea de descender para atender al moribundo sin mirar las razones de su indigencia. Los cuidados tienen como objeto y fin el enfermo. Por otro lado, para Basilio el cuidado del Espíritu forma parte de la “economía” realizada por medio del Hijo, del plan divino.

Gregorio de Nisa formulará que la atención del Unigénito otorga al ser humano la posibilidad de pasar de la condición servil a la condición de libre. Gregorio coloca la *epiméleia* vinculada a la Encarnación, entendido el cuidado del Hijo como la fuerza del tratamiento purificador de Dios sobre el género humano. En Jesús se da un cuidado terapéutico, pero Gregorio modifica el texto y hace que la *therapeía* ocupe el lugar de la *epiméleia*.

Juan Crisóstomo entiende que la diligencia por las cosas relativas a la comunidad es un signo de amor. El marco es muy circunscrito al sacerdocio –en orden a la autoridad que otorga el sacramento– y en detrimento del resto del pueblo de Dios. El seguimiento de Cristo, central en Juan Crisóstomo, se conecta con nuestro término traducido como aplicarse, emplearse a fondo. Seguir al Señor implica una actitud de dedicación y empeño que acompaña y acompasa la gracia. El celo y la aplicación por y en las cosas de Dios facilitan la tarea de la gracia. En las cuestiones de las que Dios se ocupa el lugar preferencial lo van a ocupar los pobres en el amplio sentido del término.

Es precisa la recuperación del cuidado para esta propuesta ético-teológica y pastoral donde su presencia ayude a realizar el Reino y nos haga hombres y mujeres cuidadosos en el Hijo cuidador de la Humanidad y garante de su Salud y Salvación.

III. La mujer que “quebró el frasco de perfume” (Mc 14,3-9)

El aceite que cura y suaviza las situaciones aparece presente en otros textos como en la mujer del evangelio de Marcos que rompe el frasco con el perfume y lo derrama para suavizar el dolor de un Jesús perseguido y cercado por sus enemigos.

Jesús no solo es el Samaritano, es el caído y herido que al hacer germinar la esencia del Evangelio en aquellos que lo aman los convierte en samaritanos en medio de sus carencias. Por ello, los que rotan en torno a Cristo comprenden y cuidan del mismo Cristo con gestos originales.

Se trata de un texto atestiguado en múltiples fuentes: Mc 14,3-9; Jn 12,1-8; Mt 26,6-13. “quebró el frasco y lo derramó” (v. 3) “¿para qué este despilfarro de perfume?” (v. 4). Nos interesa destacar cómo estamos ante una mujer que realiza y da forma a una historia de “despilfarro”. Romper nuestro frasco, quebrar la vida a favor de otros y sobre otros. Apostar todo nuestro perfume por la causa de Jesús.

Nuestra vida está llena de frascos rotos y vertidos. Todos tenemos una historia de entregas. Hoy, cada vez que optamos por alguien vulnerable seguimos de una forma u otra vertiendo el perfume sobre la cabeza de Jesús (“Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos...” Mt 25,40).

La mujer de Betania se queda fuera en los juegos de poder de quienes buscan su negocio, matar a Jesús a cambio de unas monedas. Mc 14, 1: “buscaban cómo prenderle con engaño para matarle” y al terminar el relato Mc 14, 11: “Judas... él andaba buscando cómo le entregaría en momento oportuno”. Estos dos textos enmarcan la acción de la mujer. Ella atraviesa el dintel de la casa de un pecador de la época para dirigirse a Jesús y con ella nosotros elegimos entrar donde está Jesús. De pronto la pregunta viene al hoy: ¿qué he de hacer por Cristo? Mediante la decisión de estar en la vida cotidiana –con su dureza y exigencia– soy capaz de entrar en la casa del leproso y romper el frasco de mi vida de nuevo por y sobre Cristo, por y sobre los crucificados de este mundo nuestro azotado en este tiempo de crisis por el empobrecimiento, la dependencia, la enfermedad, la limitación de recursos, el abandono. Entramos como Samaritanos en la casa para acercarnos a los que viven dependiendo de la suerte de lo que marquen los poderosos, el mercado, los fanáticos. Fuera o dentro, lejos o cerca. Cuidado implica dentro y cerca.

Estamos ante un “icono de la desmesura”¹⁰, la tensión entre medirlo todo, calcularlo todo e ir más allá en el amor. Los mejores perfumes se conservan en recipientes de alabastro, y probablemente rompería el alargado y estrecho cuello de la vasija. Romper implica que “no quiso reservarse absolutamente nada”¹¹.

Ungir implica reconocimiento para Gloria de Dios, designación del Rey de Israel. Ella va a honrar al rechazado por los hombres y por eso será honrada. Esta mujer ha participado con este gesto del destino de muerte de Jesús y logra ver en Él al pobre, al desvalido, sabe la suerte que está a punto de correr en cuanto salga de esa casa, la pasión. Solo reconociendo a Jesús golpeado, asediado, vendido y como auténtico en medio de un sistema corrompido podremos salir con él y vivir la dificultad de tratar de devolver la vida a los que están despojados desde los mil nombres de la carencia.

Es preciso el despilfarro y el derroche porque hay gestos de amor que no son cuantificables. Es aparente la generosidad para con los pobres que tienen los fariseos. Los que en fachada se preocupan de los pobres y consideran que lo que ella hace es un despilfarro poseen otros intereses y no miran a Jesús como lo hace esta mujer.

¹⁰ D. ALEIXANDRE, *Compañeros en el camino. Iconos bíblicos para un itinerario de oración*, Sal Terrae, Santander 1995⁵, 175-176.

¹¹ J. GNILKA, *El evangelio según San Marcos*, II, Sígueme, 261.

Jesús, el siempre Samaritano, ahora es el caído rodeado y asediado por aquellos que buscan y tramán su muerte, en disputa de poder, en ansia de dinero, comprado y vendido por traidores. Jesús ha recibido en este momento de su vida a una mujer que ha salido a su encuentro para decirle: ¡eres el Cristo! Eres lo único auténtico que me rodea en medio del deseo de poder, de honor y de éxito y del mercadeo de personas y bienes. Tú eres lo único verdadero de mi vida.

Ella como *mujer profeta* le unge en la meta y cumbre de su vida y con ello le reconoce en el fracaso. Esto también ocurre entre el samaritano y el herido. Traicionado por las autoridades de Israel, Jesús encuentra una persona más certera y más valiosa y se rinde porque: “una mujer le ha dicho con su gesto lo más hondo que se puede decir sobre la tierra al enviado mesiánico del reino... es ella la que dice y confiesa en signo intenso su más honda fe en Cristo: le proclama rey en el momento decisivo en que otros planean y preparan ya su muerte”¹². Al derramar el perfume le ha dicho que le entiende y que confía en Él. De ahí, que debemos preguntarnos si ayudan cada uno de los gestos con nuestros enfermos a otorgar reconocimiento en medio del fracaso.

Otros deciden matar a Jesús, ella decide ungirle, algunos discuten sobre temas de poder, desembocando siempre en codicias de dinero, ella emplea todo su dinero para decirle a Jesús una palabra de fe y acompañarle en el camino de su entrega.

Debemos pensar en la gente con la que trabajamos. Mientras otros deciden venderlos, ignorarlos, recortarles derechos... nosotros de forma personal estamos llamados a romper el frasco de nuestra vida sobre ellos, lo más valioso de nosotros en señal de reconocimiento y cuidado de los más vulnerables del sistema.

Ella dice con un gesto “Tú eres” cuando los demás le niegan. Lo mismo ocurre con la gente que nos rodea, enfermos, ancianos, sin techo, “tú eres” aunque los demás no vean el valor que hay en ti. Pocos reconocieron en Jesús al Cristo, como pocos reconocen en los hermanos rotos a Cristo y a la humanidad fragmentada que necesita mucha gratuidad y reconocimiento para levantarse o simplemente para soportar la pasión.

Ella no está donde están los otros, y Jesús comprende que ella ha hecho “lo que podía/ lo que ha podido” (v. 8). Lo único que puede hacer es decir a Jesús que es el Señor por medio de un signo, no hace más cosas, entra en un espacio íntimo con Jesús en la casa. No hay margen de movimiento. O estás fuera o dentro. No se puede servir a dos dioses. Una pregunta se abre paso: ¿qué puedo yo hacer ahora? Y una respuesta nos interpela a ungir y reconocer en medio de tanta muerte. Es hacer “lo que podemos” aunque parezca poco. Esto es cuidar los rescoldos de la vida. Ella no rodea la situación, entra en la casa, entra en la vida sufriente de Jesús.

IV. Conclusiones

Esta mujer es una samaritana de Jesús, del mismo Samaritano. De Él aprendió la desmesura, el exceso y el derroche y lo aplica a su sufrimiento. Hizo más de lo esperado como lo hizo el Samaritano. Ocuparse y preocuparse, ungir y reconocer para dar vida.

Conferencia pronunciada en las 37 Jornadas Nacionales de Pastoral de la Salud (Madrid 2012)
y en las 18 Jornadas Nacionales de PROSAC (Palencia 2013)
Publicada en Labor Hospitalaria n. 305 (2013) pp. 34-41

¹² X. PIKAZA, *Para vivir el evangelio. Lectura de Marcos*, EVD, Estella 1997, 185-187.